

ciese tan notable é impusiese tanto por su civilizacion como por las armas.

Espedidas que fueron estas órdenes, Napoleon empleó el tiempo que le quedaba en hacer sus preparativos militares, teniendo en cuenta la doble suposicion, de que, ó nose veria precisado á habérselas mas que con la España, auxiliada por los ingleses, ó que independientemente de la España y de la Inglaterra, tendria que batir una vez mas y sin demora al Austria. La situacion no habia mejorado en la Península desde la retirada del ejército francés sobre el Ebro. José tenia á su disposicion entre las tropas de Cataluña, Aragon, Castilla y las provincias Vascongadas, comprendiendo en estas algunos refuerzos que acababan de llegar, mas de cien mil hombres, parte de soldados jóvenes ya aguerridos, y parte de soldados viejos que habian entrado sucesivamente en España, regimiento por regimiento, dirigiéndose desde el Elba sobre el Rhin, y desde el Rhin sobre los Pirineos. Con este número de fuerzas, mandadas por un general vigoroso, habia bastante y de sobra para domeñar á los sublevados, que iban avanzando aisladamente de todos los puntos de España; de Galicia, de Madrid y de Zaragoza. Desgraciadamente, empero, no se hacia otra cosa que quejarse, lamentarse y pedir nuevos recursos, sin saber manejar los que se tenían. Napoleon trató diferentes veces de fortalecer por medio de su lenguaje enérgico el corazon de José.—Sed digno de vuestro hermano, solia decirle, y mostrad un continente que cuadre á vuestra posicion. ¿Qué importancia pueden tener unos cuantos revoltosos de quienes daria yo fin con mis dragones, y los cuales no es probable que venzan

los ejércitos que ni el Austria, ni la Rusia, ni la Prusia, han podido derrotar? *Yo hallaré en España las columnas de Hércules, pero de seguro no encontrará mi poder limite en ellas.*—Luego anunciábale la llegada de nuevos socorros, añadiendo en todas sus cartas consejos llenos de cordura, de inteligencia y de prevision, los cuales ni José ni sus generales eran capaces de apreciar, y mucho menos de seguir. El rey José se habia empeñado en tener al rededor toda su corte de Nápoles, y en primer lugar hizo venir á Mr. Jourdan, hombre probo, como ya hemos dicho, de talento mediano, lento, tal, en una palabra, como convenia á la mediania que lo llamaba á su lado, y á su afan de dominar sobre todo; porque es de advertir que los hermanos del emperador, se vengaban del dominio que éste ejercia sobre ellos, procurando ejercerlo á su vez sobre los demas. Despues del mariscal Jourdan, José habia pedido á Mr. Røederer para que le auxiliase en la administracion politica y financiera de la España; á lo cual no habia accedido aun Napoleon, desconfiando, no precisamente del corazon y del talento de Røederer, sino de su conocimiento práctico en los negocios. A escepcion de este último, José habia reunido ya en torno de su persona á todos sus favoritos de Nápoles, y en su corte, medio militar medio politica, se tenia una especial complacencia en murmurar de Napoleon, en criticar sus estravagancias, sus exigencias, su falta de razon y de justicia, y sin atreverse á negarle abierta y absolutamente su genio, se recreaban en decir que juzgaba desde larga distancia, y de consiguiente mal, superficialmente, y de una manera desacertada, al paso que ellos no se engañaban en sus cálculos.

Y no se estaba tampoco muy lejos de creer que siendo José hermano de Napoleon, debía tener una parte mas grande ó mas pequeña de su genio, y que con una poca esperiencia de la que éste poseía en el arte de la guerra, podia ser tanto como él para el mando.

Reanimado algun tanto por el language enérgico de Napoleon, y tranquilizándose un poco con los refuerzos que iban llegando de todas partes, José habia recobrado algun valor; montaba frecuentemente á caballo, seguido de su fiel Jourdan, y tenia particular aficion á jugar á los soldados dando órdenes, prescribiendo movimientos y mostrándose á sus tropas para pasarles revista. A pesar de la confianza que iba inspirándole la aproximacion de las tropas, no se habia atrevido, sin embargo, á quedarse en Burgos, ni aun en Miranda, y habia establecido definitivamente su cuartel general en Vitoria, donde tenia des mil hombres de una guardia real, mitad española, mitad napolitana; otros dos mil de guardia imperial, y tres mil de la brigada Rey, que nunca se separaba de su lado; cuyas fuerzas reunidas componian un total de siete mil hombres. Ademas, hallábase á su derecha el mariscal Bessieres con veinte mil hombres esparcidos entre el Cubo, Bribiesca y Burgos, en cuya ciudad tenia la caballería: á su izquierda, y de Miranda á Logroño, el mariscal Monecy con diez y ocho mil: y de Logroño á Tudela el general Verdier con unos quince ó diez y seis mil que aun le quedaban despues de las pérdidas sufridas delante de Zaragoza. A retaguardia tenia tambien los depósitos y los regimientos espedicionarios, soldados poco consistentes, si se quiere, por componerse de una mezcla de

todos los cuerpos, pero que valian de sobra para cubrir una retaguardia, y cuyo número ascendia de quince á diez y seis mil hombres. De los regimientos aguerridos que Napoleon habia sacado sucesivamente del grande ejército, los que habian llegado los últimos, á saber, el 51.º y 43.º de línea, con el 26.º de cazadores, habian servido para formar la brigada Godinot, tropa excelente, que lanzándose de improviso sobre Bilbao, habia arrojado de allí á los insurgentes, matándoles mil doscientos hombres. Y por último, las columnas movibles de gendarmería y de montañeses, en número de tres á cuatro mil hombres, destinados á guardar las gargantas de los Pirineos; la division del general Reille, que constaba de seis á siete mil; y la del general Duhesme en Cataluña, que se componia de diez á once mil, completábase el total de cien mil hombres, á cuyo número ascendian, como ya hemos dicho, las fuerzas existentes aun en España.

Napoleon se desvivía por mandar al estado mayor de José multiplicadas instrucciones, las cuales eran mal comprendidas y peor ejecutadas. Primeramente habia convertido en regimientos definitivos los regimientos provisionales, bajo los números del 413 al 420 inclusive. Ademas habia dado orden para que se reuniesen á estos regimientos, que ya eran de línea, todos los destacamentos espedicionarios, con el fin de que hubiese conjunto en todos los cuerpos; habíala dado igualmente para concentrar la guardia imperial, parte de la cual estaba con el general Bessieres y parte con el rey José, y mandado asimismo que se formase con los regimientos aguerridos de la brigada Godinot

una buena reserva, asaz necesaria para los casos imprevistos. En cuanto á la distribucion de las fuerzas, habia ordenado las disposiciones siguientes: considerando á Aragon y Navarra como un teatro separado de operaciones, el cual tenia asegurada su linea de retirada sobre Pamplona, habia dispuesto que se destinase á aquellas provincias una masa distinta de la fuerza de quince á diez y ocho mil hombres, cuya mision seria cubrir la izquierda del ejército, custodiar á Tudela, que es donde se halla la embocadura del canal de Aragon, y reunir en esta ciudad un gran tren de artilleria con el objeto de volver á empezar ulteriormente el sitio de Zaragoza. Colocando en seguida, en Castilla la Vieja, esto es, en Burgos, el centro de las operaciones principales, habia ordenado que se destinase á esta provincia otra masa de cuarenta á cincuenta mil hombres, dispuestos para lanzarse sobre cualquier cuerpo de insurgentes que osára presentarse, ora por la izquierda, ora por la derecha, y derrotarlos: cosa tanto mas fácil, cuanto que hasta entonces no habia ejército alguno en España que pudiese hacer frente á treinta ó cuarenta mil franceses reunidos. Habia prescrito, en fin, que aguardasen en esta actitud imponente la llegada de los refuerzos, y su presencia misma, lo cual esperaba conseguir sin dilatarlo mucho tiempo.

Todo esto, tan profunda como claramente indicado en las instrucciones de Napoleon, no habia sido comprendido por nadie en Vitoria, donde se pasaba el tiempo en torno del rey José, asustándose con los movimientos mas insignificantes del enemigo, y figurándose que iban reuniéndose por todas partes los insurgentes á centenares de

miles. Asi, pues, al general Blake, que habia vuelto á aparecer en Castilla despues de la retirada del mariscal Bessieres con unos veinte mil hombres, atribuíanle de cuarenta á cincuenta mil. Al general Castaños, que, despues de la capitulacion de Bailen, veníase avanzando lentamente hacia Madrid con unos quince mil soldados, suponíasele en marcha sobre el Ebro con treinta mil insurgentes. Y finalmente, á los aragoneses y valencianos, que contarian á lo sumo con diez y ocho ó veinte mil se les daban lo menos cuarenta. La corte de Vitoria, por tanto, creia hallarse ya á presencia de ciento treinta ó ciento cuarenta mil hombres, asaz hábiles y temibles para obligar á los ejércitos franceses á capitular como en Bailen: y cuando estas exageraciones quedaban reducidas á su verdadero valor en virtud de informes mas exactos, escusábanse con la dificultad de tener partes fidedignos en España.—La verdad en la guerra, les respondia Napoleon, ha sido muy difícil de conocer en todos tiempos, y en todos lugares; pero en todos tiempos ha sido tambien y es muy posible el recoger buenos datos, en tomándose la pena de adquirirlos. Teneis una numerosa caballeria, y al bizarro Lasalle á su cabeza; lanzad, pues, vuestros dragones á diez ó quince leguas á la redonda, apoderaos de los alcaldes, de los curas, de las personas notables de los pueblos, y de los maestros de postas; retenedlos á vuestro lado hasta que hablen, y sabreis la verdad. Pero no pretendais llegar á conocerla nunca, si os obstinais en dormiros en vuestras lineas.

Estas grandes lecciones eran perdidas, y los aduladores del rey José continuaban poblando el

espacio de enemigos imaginarios. En los últimos días del mes de agosto con especialidad, en que los aragoneses, los valencianos y los catalanes se presentaron á las órdenes del conde de Montijo en las cercanías de Tudela, el mariscal Moncey, que se intimidaba por poco despues de su campaña de Valencia, creyó que venian sobre él todos los insurgentes de España, y se apresuró á tomar una posicion defensiva pidiendo á toda prisa socorros. El general Lefebvre-Desnoettes, que habia reemplazado al general Verdier á causa de la herida que éste recibiera en el sitio de Zaragoza, se puso inmediatamente en marcha, y atravesando el Ebro por Alfaro con sus lanceros polacos, obligó á huir en el mayor desorden á cuantos insurgentes se le pusieron por delante, mostrando de este modo lo poco temible que era el ejército de Aragon y de Valencia.

Esta singular aventura, que llenó de confusion á los que habian manifestado tan infundados temores, contribuyó tambien á reanimar los ánimos y á predisponerlos á que formasen mas acertado juicio acerca del enemigo que tenian que combatir. Recobrando el rey José su valor algun tanto con lo que acababa de ver, y con las cartas severas que recibia de Paris, trató de imitar las grandes maniobras de su hermano, y escogiendo por centro á Miranda, meditaba el dirigirse de un cuerpo de ejército enemigo á otro, para batirlos sucesivamente, como lo habia hecho repetidas veces Napoleon. Verdad es, que los españoles se prestaban un poco á combinacion semejante, en atencion á que el general Blake trataba de introducirse en Vizcaya sobre nuestra derecha con los insurgentes de Leon,

Asturias y Galicia, al paso que un fuerte destacamento del general Castaños tenia el designio de llegar al Ebro por nuestro frente, y los aragoneses, los valencianos, y otros, proyectaban el penetrar en Navarra para caer sobre nuestra izquierda. Sus esperanzas consistian en atacar nuestros flancos, envolvernos, cortarnos el camino de Francia, y conseguir por este medio una nueva jornada de Bailen: quimera insensata, puesto que no era fácil renovar contra sesenta mil franceses, asaz decididos y resueltos, á pesar de la timidez de algunos de sus gefes, el triunfo obtenido una vez contra ocho mil bisoños. A este plan ridiculo, imitacion del que casualmente habia tenido buen éxito en Bailen, José queria oponer la imitacion no menos ridicula de las grandes maneras de operar de su hermano, lanzandose en masa y alternativamente sobre cada una de las divisiones insurgentes, á fin de ir las destrozando unas despues de otras. La intencion podia ser buena, pero la precision de los movimientos, la oportunidad en la ejecucion, son el todo en la guerra, y la imitacion, no suele obtener en ella mejor éxito que en algun otro arte. Asi, pues, cuando los insurgentes de Blake amenazaban sobre Bilbao, y los de Aragon sobre Tudela, el rey José enviaba sus tropas á toda prisa en persecucion de ellos, salia él mismo á veces mandándolas, llegaba cuando no era ya tiempo, ó se detenia sin llevar á cabo su empresa, volvía á conducir sus tropas á Vitoria, y escribia entonces al emperador que habia seguido sus consejos, y que esperaba bien pronto, así que fuese adquiriendo alguna esperiencia, hacerse digno de él: ¡triste espectáculo dado frecuentemente al mundo por her-

manos, que siendo unas medianías, se empeñan en copiar á otros hermanos de un genio superior, y solo logran igualarlos en sus defectos ó en sus vicios.

Napoleon no podia menos de soureirse de estas miserias de la vanidad fraternal, pero tardaba muy poco en reemplazar en él la irritacion á la risa, al reflexionar en el tiempo y en las fuerzas que se malgastaban tan inútilmente. Bajo este supuesto resolvió enviar á aquellos, que le imitaban tan mal, uno de sus lugartenientes mas vigorosos, al mariscal Ney, para que les enseñase á ser enérgicos: acto continuo les ordenó que se limitasen á reorganizar el ejército, á rehacer su material de guerra, y recomponer su artillería, á custodiar bien el Ebro, y á permanecer tranquilos aguardando su llegada.

Tomando en seguida su partido acerca de los destacamentos que debia sacar asi de los ejércitos de Italia como de los de Alemania, para someter la España, calculó que no serian necesarios menos de ciento ó ciento veinte mil hombres, para terminar prontamente la insurreccion española y obligar á los ingleses á buscar un refugio en el mar. Para entonces ya habia tenido noticia de la capitulacion de Cintra, y encontrándola honrosa para el ejército, que habia combatido bien, y que habia salido libre, habia escrito á Junot:—Como general, podiais haber hecho mas; como soldado, nada habeis hecho contrario al honor.—Al mismo tiempo dió sus órdenes á Rochefort para que recibiese y reequipase las tropas de Portugal, las cuales hallándose aclimatadas, aguerridas, y armadas de nuevo, podian prestar aun grandes servicios, y

augmentar con unos veinte mil hombres los refuerzos destinados á la Península.

La Italia habia recobrado, hacia ya algunos meses á sus hijos, los cuales se habian hecho unos soldados excelentes, sirviendo en el Norte. Napoleon ordenó por tanto al principe Eugenio, que encaminase unos diez mil al mando del general Pino, hácia el Delfinado y el Rosellon. Con los dos brillantes regimientos franceses, el primero de ligeros, y el segundo de línea, sacados del Piamonte, donde quedaron para reemplazarlos otros dos del ejército de Nápoles, formó la base de una division, la cual fué confiada al general Souham, y completada con algunos batallones pertenecientes á los cuerpos que se hallaban operando en Cataluña. La fuerza de esta division, inclusa la artillería y la caballería, llegaba á cerca de siete mil hombres, de manera que las tropas dirigidas desde los Alpes á los Pirineos ascendian á diez y seis ó diez y siete mil soldados, los cuales, unidos al cuerpo de ejército del general Duhesme á la columna Reille y á una columna de napolitanos que habia partido ya para Perpiñan á las órdenes del general Chabot, debian hacer subir el total de las tropas destinadas á Cataluña á unos treinta y seis mil combatientes. Hallándose separada esta provincia del resto de España, y debiendo ser considerada por ende como un teatro de la guerra separado del principal, Napoleon confirió el mando en gefe de las mencionadas tropas á un general incomparable para la guerra metódica, y el cual operaba siempre bien, cuando se hallaba solo, al general Saint-Cyr. No podia, en efecto, hacerse mejor eleccion.

La Alemania y la Polonia eran destinadas á pro-

porcionar los destacamentos mas considerables para la guerra de la Peninsula. Napoleon resolvió sacar de las tropas francesas establecidas en aquellos estados, el primer cuerpo de ejército, transportado ya á la sazón á Berlin bajo el mando del mariscal Victor, y el sexto que despues de haber estado á las órdenes del mariscal Ney, se hallaba entonces acampado en la Silesia á las del mariscal Mortier, reservándose para mas adelante el quinto, que habia pertenecido á los mariscales Lannes y Massena, y el cual se hallaba acampado tambien en Silesia, y al mando del mismo mariscal. Napoleon mandó por el pronto al mariscal Mortier que se dirigiese sobre Bareuth, una de las provincias franconianas que le quedaban, y resolvió dejarlo allí, reservándose el hacerle marchar sobre el Austria, si esta se decidía por la guerra, ó el encaminarle á España si la corte de Viena renunciaba á sus armamentos. Entre el primero y el sexto de los mencionados cuerpos de ejército, reforzados con los reclutas traídos de los depósitos, componian cuando menos un total de cincuenta mil hombres, incluidas la artillería y la caballería incorporadas á cada division. Estas tropas á escepcion de un corto número de bisoños, se hallaban compuestas en su mayor parte de soldados aguerridos, los cuales pertenecian á diferentes cuadros, que no los habia iguales en el mundo. Napoleon trató asimismo de sacar de la Alemania una parte de la reserva general de caballería, eligiendo á este fin el arma de dragones, los cuales le parecian muy á propósito para España, porque ademas de poder emplearlos en mas de una clase de servicio, y de considerarlos de sobrada consistencia para oponerlos á la infantería española, eran meaos pesados que las otras

armas de caballería: al propio tiempo que resolvió por el contrario, dejar en las llanuras del Norte sus numerosos y valientes coraceros, inútiles contra las tropas poco consistentes del Mediodía, y necesarios contra las bandas aguerridas de las comarcas septentrionales. En esta atencion prescribió la partida para España de tres divisiones de dragones, reservándose espedir las otras dos que quedaban, para cuando lograrse aclarar el misterio de la política austriaca.

Queriendo ademas que los reyes, aliados ó hermanos suyos, concurriesen á esta guerra, que tendia al establecimiento de su sistema de confederacion de las monarquías, pidió tres mil holandeses al rey de Holanda, siete mil alemanes á los príncipes de la confederacion del Rin, y siete mil polacos al rey de Sajonia, el cual se hallaba empeñado hacia largo tiempo en su servicio, y encaminó finalmente tres mil quinientos hombres de ingenieros y artillería con un inmenso material.

Mas no eran solas las fuerzas mencionadas las que iban á marchar hácia los Pirineos. Para entonces habia dirigido ya Napoleon segun dejamos dicho, sobre la España, ocho regimientos antiguos, los cuales se hallaban comprendidos en los cien mil hombres que estaban operando sobre el Ebro. Otros cuatro sacados de las márgenes del Elba y de París á saber, el 28.^o, el 32.^o, el 58.^o, y el 75.^o de línea, se hallaban en camino, y estaban destinados á componer con el 5.^o de dragones una division de siete ú ocho mil hombres, cuyo mando confirió Napoleon al general Sebastiani, el cual habia regresado de Constantinopla. A estos doce regimientos, sacados sucesivamente de la Alemania y

de la Francia, agregó á consecuencia de la noticia de los desastres de José, otros dos, que eran el 36.º y el 35.º de línea, y los cuales iban marchando hácia Bayona con el fin de formar la reserva del hermano del emperador. La guardia, en fin, debía dar otros cuatro mil hombres ademas de los tres mil que se hallaban ya en el cuartel general. Todas estas tropas, sin contar el quinto cuerpo de ejército, cuyo envío no era seguro aun, y sin las tropas de Junot que acababan de llegar á Francia y se estaba reorganizándolas, componian un total de ciento diez á ciento quince mil hombres, dignos del gran ejército de donde procedian. Napoleón proseguia buscando medios para aumentar estas fuerzas, y los encontró en virtud de un hábil reclutamiento sacado de los depósitos, cuyo vacío volvió á llenar por medio de un nuevo alistamiento.

Restaba, empero, saber de que manera se reemplazarian en Italia y especialmente en el grande ejército las tropas que de uno y otro se habian estraido. Con los regimientos que habian sido llamados sucesivamente de Polonia y de Alemania, con la partida de los cuerpos de ejército primero y sexto y de las divisiones de dragones, con el licenciamiento, en fin, de los auxiliares, el grande ejército habia quedado extraordinariamente reducido. Quedaba en la Pomerania sueca y la Prusia el cuarto cuerpo de ejército del mariscal Soult, cuya fuerza consistia en treinta y cuatro mil infantes, tres mil caballos de ligeros, ocho ó nueve mil de caballería de línea, y unos cuatro mil hombres entre la artillería y los ingenieros, ó sea un total de cincuenta mil con corta diferencia. El mariscal Bernardotte,

príncipe de Ponte-Corbo, se hallaba guarneciendo las ciudades anseáticas y el litoral del mar del Norte con dos divisiones francesas de la fuerza de doce mil combatientes entre ambas, (la division Boudet, y la de Geney) catorce mil españoles, y siete mil holandeses, total treinta y tres mil hombres. El mariscal Davout, que con el tercer cuerpo de ejército, el mas brillante y el mejor organizado de todas las tropas francesas, ocupaba el ducado de Posen desde el Vístula al Oder, contaba treinta y ocho mil infantes, y nueve mil caballos entre cazadores, dragones, y coraceros. El mariscal Davout ocupaba ademas á Dantzic con la division Oudinot, que constaba de diez mil combatientes de granaderos y cazadores escogidos, y tenia por último mil hombres de artillería é ingenieros, con los cuales completaba un total de sesenta mil franceses, ademas de los treinta mil sajones y polacos que servian tambien bajo su mando. El parque general reunido en Magdebourg y en las principales plazas de la Prusia, contaba con siete ú ocho mil hombres, entre la gente de toda especie que se hallaba á su servicio. Todas estas tropas componian un total de ciento ochenta mil hombres, de los cuales eran franceses ciento treinta mil, y los cincuenta mil restantes polacos, sajones, españoles y holandeses. Agregando á esta masa el quinto cuerpo de ejército, establecido en la Silesia, y el cual ascendia á unos veinte y cuatro mil hombres próximamente, el grande ejército podia ser evaluado en unos doscientos mil hombres, número mas que suficiente, contando ademas con el ejército de Italia para abrumar el Austria, aun cuando el emperador Alejandro no contribuyese mas que con

una fuerza nula ó insignificante. Con todo, estas fuerzas no eran bastantes para contener las antipatías universales del continente, en atención á que, si bien es verdad que solamente el Austria habia manifestado hasta entonces deseos de sacudir el yugo de nuestra dominacion, ya empezaba tambien la Alemania á profesarnos una aversion profunda y mal disimulada, asi en los estados comprendidos en la confederacion del Rhin, como en todos los demas.

Napoleon se empeñó en reparar inmediatamente los ejércitos de Alemania é Italia, hasta que reuniesen un efectivo igual al que tenian antes de que se sacasen de ellos los destacamentos mencionados. Pero si bien podia desgraciadamente hacerlos iguales respecto á la cantidad que antes contaban, no le era posible lograrlo respecto á la calidad, puesto que solo enviaba reclutas en reemplazo de las tropas aguerridas. Esto no obstante, era tan excelente la base de los cuerpos, y tal aun el número de hombres aguerridos, que una adición de nuevos alistados no podia debilitarlos de una manera sensible. Napoleon empezó por aproximar hácia el Rhin las tropas que tenia en Alemania, poniendo asi en práctica su tratado con la Rusia. El primero y sexto de los cuerpos de ejército, que, como ya hemos dicho iban destinados á España, emprendieron en virtud de órdenes suyas la marcha sobre Maguncia, caminando á seis jornadas de distancia uno de otro, para que no se estorbasen en el camino que tenian que recorrer. El cuerpo al mando del mariscal Soult marchó á Berlin en reemplazo del primero que acababa de dejar esta capital. El que tenia á sus órdenes el mariscal Davout

fué á situarse sobre el Oder y la Silesia á fin de cubrir los puestos que habian quedado vacantes á consecuencia de la partida del sexto y del quinto, los cuales se dirigian, como hemos dicho ya, uno sobre Maguncia y el otro sobre Bareuth. El general Oudinot salió de Dantzic con sus batallones escogidos, y se encaminó hacia la Alemania central. Los polacos y los sajones recibieron orden de reemplazar en Dantzic á esta fuerza. De manera que este movimiento, en virtud del cual empezaba á ponerse en ejecucion el tratado con la Prusia, hacia el reclutamiento mas fácil, por cuanto con él se abreviaban las distancias.

Napoleon se ocupó en seguida de restablecer el decreto espedido el año anterior, por el cual se prevenia que los regimientos de infantería constasen de cinco batallones, y en su consecuencia resolvió que todos los regimientos del grande ejército tuviesen cuatro batallones en él, dejando el quinto, ó sea el batallon de depósito sobre el Rhin. En cuanto á la España, determinó que todos los regimientos que se hallaban en ella, tuviesen reunidos á sus respectivos cuerpos tres batallones, dejando el cuarto en Bayona en calidad de primer depósito, y el quinto en lo interior de la Francia en calidad de segundo. Los ejércitos de Italia y de Nápoles debian tener igualmente regimientos de á cinco batallones cada uno, de los cuales estarian cuatro incorporados al cuerpo, y el quinto en el Piamonte ó en los departamentos del Mediodía de la Francia.

Para obtener este resultado fué preciso apelar á un nuevo alistamiento. Restaban que recoger de las quintas anteriores de 1807, 1808 y 1809, esta

última decretada en enero del año corriente, cerca de sesenta mil hombres. Napoleón se empeñó en pedir además la quinta de 1810, comenzando de esta manera á anticiparse mas de un año á los alistamientos, cuyos quintos se hallaban ya en disposicion de ser llamados á las armas; pero tuvo al mismo tiempo la precaucion de no disponer inmediatamente mas que de una parte de la gente alistada. Las dos quintas de sesenta mil hombres correspondientes á los años de 1807, á 1809, y la de ochenta mil para 1810, debian formar un total de ciento cuarenta mil soldados, de los cuales estaban destinados cuarenta mil á la infantería del grande ejército, treinta mil á la del ejército de España, veinte y seis mil á la del de Italia, diez mil á las cinco legiones de reserva, y otros diez mil, por último, á la guardia imperial, en junto ciento diez y seis mil hombres para el arma de infantería. Restaban, pues, catorce mil para la caballería, y diez mil para la artillería, ingenieros, y los equipages.

Quizás parezca extraño que Napoleón destinase diez mil hombres para la guardia imperial, máxime cuando esta tropa escogida habia regresado á Francia, se hallaba de descauso en París, y se empleaba generalmente menos que las otras. Pero Napoleón resolvió formar con ella una escuela de guerra por decirlo así, destinándole jóvenes escogidos para que los erigiese en batallones de fusileros. Obligándolos á pasar un año, ora fuese en París ora en Versalles, incorporados á la guardia imperial, estos alistados debian empaparse por precision en el espíritu de ella, en su disciplina, y en su marcial continente, y por lo tanto ordenó el

reclutamiento ordinario de esta guardia, dándole para cada regimiento veinte hombres escogidos entre lo mejor del ejército á fin de mantener su excelente organizacion, y dejar abierta esta carrera de adelanto á los soldados viejos, que no tenian otro medio de elevarse.

Napoleón no llamó á las armas por el pronto mas que ochenta mil hombres, sesenta mil pertenecientes á las quintas ya decretadas, y solos veinte mil de la correspondiente á 1810. Quiso además que se empezase por los alistados de las clases atrasadas, y que se encaminasen hácia Bayona veinte mil, cuya mayor parte correspondian á los departamentos del Mediodía. Ordenó igualmente el envió á la mencionada ciudad de los cuadros compuestos de los cuartos batallones, para que emprendiesen sin demora la instruccion de estos quintos, y para preparar de este modo el reclutamiento futuro de los cuerpos que tenian que entrar en España. Merced á esta prevision, el grande ejército debia tardar muy poco á contar entre sus filas cerca de doscientos mil franceses, sin contar el quinto cuerpo de ejército, ni el de Italia que constaba de cien mil, ni el de España que contaba doscientos cincuenta mil, cien mil de los cuales se hallaban ya establecidos sobre el Ebro, ciento diez mil en marcha, y cuarenta mil ejercitándose en los cuartos batallones.

Mientras que se llevaban á cabo todas estas medidas, Napoleón hizo salir inmediatamente de los depósitos cuantas fuerzas disponibles habia en ellos, á fin de dejar hueco en los cuadros y de enviar el primer contingente de reclutas á todos los cuerpos. Formáronse además tres regimientos de marcha, y

espidiéronse, uno sobre Berlin para el mariscal Soult, (cuarto cuerpo de ejército) otro sobre Magdebourg para el mariscal Davout, (tercer cuerpo) y otro sobre Dresde para el mariscal Mortier, que mandaba el quinto cuerpo. Formáronse asimismo otros dos, de los cuales marchó uno sobre Maguncia, y otro sobre Orleans, destinados á reforzar el primero y sexto, de manera que entre estos cinco regimientos componian un refuerzo inmediato de unos doce mil hombres, perfectamente instruidos, para los diversos cuerpos de ejército que debian permanecer en Alemania ó pasar á España.

Con el objeto de facilitar la formacion á cuatro batallones de guerra de los regimientos que quedaban en Alemania, Napoleon prescribió al mismo tiempo, que aquellos que tenian compañías de granaderos ó cazadores en la division Oudinot, las llamasen inmediatamente á sus respectivas filas: y para llenar en esta division el hueco que quedaba, mandó que se le diesen las compañías de granaderos y cazadores de los regimientos estacionados en Francia, que no le hubiesen remitido hasta entonces ninguna. Aquel era un movimiento extraordinario de tropas, que iban y venian en todas direcciones, de soldados bisoños y aguerridos, que se dirigian unos hácia el Norte, otros hácia el Mediodía, desde el Vistula al Ebro, sucediéndose todos con tan poca confusion, que causaba asombro, atendiendo lo vasto de las distancias, y lo considerable del número de aquellas masas de hombres.

Cuidando constantemente de los placeres del soldado, y sabiendo por experiencia que, si bien suele mostrar éste poco aprecio de su vida cuando se tiene el arte de aguerirlo, le gusta gozar de

ella en cambio cuando se la dejan, Napoleon ordenó que se hiciesen brillantes funciones para festejar á las tropas que iban á atravesar la Francia desde el Rhin á los Pirineos. Mandó ademas á las municipalidades de Maguncia, Metz, Nancy, Reims, Orleans, Burdeos, y Perigueux, que les ofreciesen regocijos puramente militares, cuyo coste les prometió secretamente que corria de cuenta suya, consagrando á este objeto mas de un millon de francos, tomados del tesoro de guerra, y teniendo el cuidado de ceder á las municipalidades todo el mérito de esta hospitalidad. Cantábanse canciones guerreras, compuestas de su orden, en los banquetes, en los cuales no se hablaba mas que de las hazañas heroicas de nuestro ejército y de la grandeza de la Francia, única parte que se dejaba á la politica en estas solemnidades. En ellas encontrábanse los soldados viejos, que habian partido del Niemen para dirigirse sobre el Tajo, con mozos de diez y ocho á diez y nueve años, que abandonando las márgenes del Sena ó del Loire por las del Elba ó del Oder y habiendo olvidado ya la pena que sintieran al dejar sus lares, se deseaban unos á otros, al despedirse, buena fortuna en la azarosa carrera de combates y de gloria que iban á emprender. Los que iban destinados al Mediodía, eran en lo general los que se mostraban mas gozosos, por la sencilla razon de que debian encontrar allí buenos vinos: hasta este punto llegaba el olvido de sí mismos en aquellos hombres que marchaban hácia una destruccion casi cierta, y por ellos ya prevista.

A estos envios considerables de hombres, Napoleon añadió el de remesas inmensas de material sobre los Pirineos, mediante á que no tenia ya por-